

# La venganza infinita

Marcelo Deza



Image not found.

## Capítulo 1

Hubiera sido difícil de creer que nadie había sospechado de las intenciones de Ramón. Bastaba ponerse en la escena de los hechos para sentirse intimidado por las miradas incómodas y confusas que acorralaban a Ramón. Pero a diferencia de lo que pudiera sentir alguien que no fuera centro de atenciones, éste se hallaba pensativo, conservando los buenos modales al terminar el último bocado de Ceviche: gracias, mamá, tía, tío, abuela, dios. Para alguien como Ramón, que con su terrible gesto de tranquilidad se levantaba de la silla, cualquier sospecha se hubiera vuelto visible en su mente si le dirigiese su atención aunque fuera en porciones mínimas. Pero no fue este el caso, así pues, su seguridad (un comportamiento más eficaz) se veía muy trastocada, manoseada y centro de basura podrida. Ramón emprendió el ascenso, objetivo final una habitación lúgubre por el cansancio que le producía la luz de noche y no por la holgazanería, sentóse en su cama, y permaneció allí, al ojo rectangular (su puerta), viendo a los pares de pies que seguían su camino sin detenerse para quedársele mirando su figura encorvada y sus gestos chuecos, pero lo mismo fue el presentimiento de Ramón de que aquellos ojos que no veía, fueran las luces de los artefactos que buscan prófugos nocivos. A Ramón le pareció que no había que pensar en que ellos quizá sospechaban de él, que era innecesario cargar con más cosas en la mente que pudiera perjudicar su fingida cordura. Inmediatamente, tras estos pensamientos, cerró la puerta y esperó la madrugada para dar fin a su empresa. Ramón aguardaba la presciencia repantigado en las sábanas, tarareaba un canción (Persiana americana), el viento le llegaba hasta la cara, tras la ventana un perro aullaba y le pareció a Ramón señal de buenos presagios y horario cumplido. No obstante, antes de ejecutar su meticulosidad filosa y no dejándose invadir por el deseo y el entusiasmo, quiso asegurarse de que todos ya hubieran cerrado los ojos; para esto se deslizó entre las sombras como una tigre asechador, las puertas de las habitación yacían entreabiertas, y lanzaba a cada una su mirada comprobadora, y todas saciaron su curiosidad necesaria; luego de eso fue a buscar el cuchillo a la cocina, pero parece que Ramón no había calculado el tiempo que ocupó en cerciorarse el descanso de los cuerpos, era demasiado sabido que tardó demasiado. La luz del día le irritó los ojos.